

PABLO SANTIAGO CHIQUERO

**¡ALELUYA,  
EL CARRO DE CELSO!**



Macleín *y* Parker

## **Primera edición**

Abril de 2022

## **Del texto**

© Pablo Santiago Chiquero, 2022

## **De la cubierta**

© Minerva García, 2022

[www.instagram.com/minervagarcia\\_p](http://www.instagram.com/minervagarcia_p)

## **De esta edición**

© Macleín y Parker, 2022

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

## **Edición y corrección**

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

## **Diseño de la colección y maquetación**

Antonio Abad (Macleín y Parker)

## **Impresión**

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-125030-0-5

Depósito Legal: SE-777-2022



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

*Para mi hijo Javier,  
que veló con el sosiego de sus sueños  
la escritura de estas otras ensoñaciones.*

Por aquel tiempo era rara la palabra de Dios,  
y no eran corrientes las visiones.

SAMUEL I, 3, 1,

Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines,  
que son de hacer bien a todos y mal a ninguno:  
si el que esto entiende, si el que esto obra,  
si el que desto trata merece ser llamado bobo,  
díganlo vuestras grandezas.

DON QUIJOTE

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?  
¿Algunos premios o agradecimientos?  
Sabralo quien leyere nuestra historia.

GARCILASO DE LA VEGA

## PRIMERA ESTANCIA



*Del carro y los mulos nuevos con los que Celso Puentes volvió de la guerra, y de su breve y muy milagrero paso por un campo de concentración.*

**H**acia mayo de 1939, cuando terminó la guerra, ya se le esperaba, y aunque su regreso no era cosa segura, se barruntaba por las dos o tres veces que Antonio el Eremita había entrado en el pueblo anunciando la buena nueva: «¡Alegraos, hijos de Fuentenubes! ¡Celso ha sobrevivido y su caritativo carro pronto estará entre nosotros!». Antonio el Eremita, sandalias y ropón franciscano, ejerciente del anacoretismo en las soledades de nuestras sierras, vivía de la limosna, y la fausta noticia era su forma de aflojar voluntades y faldriqueras. Erraba por las calles repitiendo su salmodia, y al toparse con un grupo de vecinos, tañía unas perras gordas en su lata vacía de mendicante: «¡Alegraos, hijos míos! ¡Celso ya no puede tardar!». Se refería, claro, a Celso Puentes, el carrero, aquel santo varón de profesión cocherial, cuya fama y obras superaban con creces la modestia de su oficio. Suerte, por tanto, que volvió;

de lo contrario, para algunos, al menos por la trasera del inconsciente, la guerra nunca habría terminado.

Regresó, finalmente, a finales de mes. Aquel día, Celso ingresó en las calles terrizas de Fuentenubes en una mañana tibia y de luz cernida, una mañana sin viento y casi sin trinos de pájaros, preñada de la calma chicha que en el pueblo antecede a los grandes acontecimientos, buenos o malos. Lo hizo, como suele ser habitual en los de su oficio, precedido por sus bestias, dos mulos afrisonados y ambladores, fuertes como bueyes, que tiraban de un carro catedralicio, una galera de cuatro ruedas y capota de piel de bovino sobre arcos de hierro. No eran aquellos el carro ni las bestias que se le conocieron a Celso antes de la guerra, por eso más de uno quedó perplejo, preguntándose por el origen y el destino de aquel coche. Mas el nuevo vehículo de Celso, tan lucido, no tenía nada que envidiar al antiguo: caja, adrales y barras estaban pintados de verde; las ruedas, el estribo y las varas iban de rojo. Aquel era un carro de acarreo, del tipo que se emplea para llevar la mies cortada, pero adaptado —bastaba un vistazo en su interior— para el transporte de pasajeros. Tenía dos hileras enfrentadas de butacas acolchadas y abatibles, las cuales, tal vez procedentes del expolio de algún cine o teatro de provincias, prometían al anciano, la embarazada, el operado o el quebrado de hernias un confort hasta entonces desconocido en los acarreos comarcales.

Nuestro Celso, en cambio, traía peor aspecto. No es que viniese flaco, enfermo o herido, no, Celso venía de una pieza y con tantas libras —que eran muchas— como siempre, pero sí muy sucio, con el atuendo y el sombrero

con más mugre de la que jamás se le vio al cochero, casi tres años de polvo y lluvias y alcoholes y sangre y saliva de mulo y sudor propio y ajeno y toda la zurrapa que un cochero puede coger durante una guerra larga y caótica. Cierto es que nuestro Celso no era muy aseado, y que seguramente también hubo quien pasó la guerra —incluso en el frente— limpio como un lirio, pero sus vecinos se alegraron tanto por su regreso que no repararon en melindres de higiene. ¡Alabado sea el Señor! ¡Bendito el cielo que nos ha devuelto a Celso! ¡También su carro! ¡Aleluya! Frente a su casa, Celso, «¡soooo!», detuvo el carro. Los que lo vieron llegar se acercaron para darle la bienvenida. Celso venía cansado, pero tuvo la cortesía de saludar a sus paisanos y corresponder a sus abrazos y cumplidos. También respondió algunas preguntas:

—¿Y tu carro antiguo, Celso?

—Lo voló un avión alemán.

—¿Con tus mulos?

—Sí, sí, a ellos también los cogió. Dios los tenga en su gloria.

—¿Y a ti te pilló descarrado, Celso?

—Sí, justo me bajé a orinar.

—¡Jo! Pues ya es suerte.

A preguntas más generales sobre dónde y cómo pasó la guerra, que hubiesen requerido más pormenor, Celso no quiso dar respuesta. Al menos no en ese momento, que Celso no era hombre de secretos o de guardarse las cosas. Celso solo deseaba tomar la horizontal y dormir. Propinó una patada a la cerradura y abrió la puerta cochera de tres hojas para franquear la entrada al carro. Durante una

guerra uno pierde muchas cosas, también las llaves de casa. Claro que a Celso no le importó que la puerta quedara rota y sin cerradura. Aquel era el casuco más pobre del pueblo. Hasta el destripaterrones más miserable tenía mejor vivienda que la suya. ¡Pero a Celso qué puñetas le hubiese aprovechado un palacio, él que pasaba los días en carro, dando más viajes que el tren mixto! Con aquel casuco le bastaba. Solo tenía un ventanuco en el piso de arriba. Y se entraba a ella por la puerta cochera de tres hojas, que se extendía a banda por el piso bajo para dar cabida al carromato.

Ante la atenta mirada de sus vecinos, Celso desenganchó los mulos y, antellevándolos por el ronzal, los condujo al interior de la casa. Durante sus cuatro años de ausencia, el antepatio de la cuadra se había llenado de maleza. Yedras, cabrahigos, falsos zumaques, lampazos del tamaño de un hombre, petrificados esqueletos de cardos, tobas y cerrajas. La broza habitual que mina y derriba las casas. Con una hoz sin ideologías que había hecho la guerra colgada de un clavo, Celso, en apenas cuatro brazadas, desbrozó el patio y abrió para sus mulos el camino hacia la cuadra. Traía un saco de pienso en el carro, y con él dioles recado y, de adahala, endulzoles el paladar con unos higos pasos.

—Descansad, amigos míos —les deseó paternalmente—. En unos días volveremos al trabajo.

Con cuatro enérgicos tirones, también aparcó el carro. Ocupó este la totalidad de la planta baja, tan ceñido, que hubo Celso de pegarse a la pared como una lagartija para poder ganar las escaleras, si es que las tales merecían tan honroso nombre. Carecía la vivienda de Celso de escalera



de obra, y se accedía a ella por un rústico y vertical andamiaje de ciprés. La conformaba una única estancia equivalente al piso inferior, pero daba sensación de amplitud por estar casi vacía. Los únicos enseres de Celso eran un camastro de borra sobre el piso, un cántaro con tapón de mosquitos, un juego de palanganero, aguamanil y jofaina, un espejo desconchado con serigrafía publicitaria —Vinos Mora Chacón, Lucena— y una talla pequeña pero de buena factura de San Miguel Arcángel, vencedor del diablo en combate celeste. El San Miguel de Celso lucía gregüesco corto, armadura plateada y rodela dorada; tenía los brazos musculosos y el rostro arrebolado, con los labios de un rosa muy vivo. Blandía hacia abajo, sin encontrar dragón ni demonio, una espadita de azófar, que verdeaba o negreaba según el tiempo. Más que arcángel batidor de demonios, parecía un lindo don Diego de ronda nocturna.

Para el arcángel, nada más entrar, tuvo Celso unas palabras de gratitud:

—Gracias, arcángel Miguel, por traerme de vuelta.

Y el arcángel, como en otro tiempo, contestó, ¡vaya que sí! Si se concentraba, Celso podía escuchar sus respuestas en el interior de su pecho:

—No hay de qué, Celso. Para eso estamos.

Luego se echó a dormir. El jergón tenía polvo de cuatro años, pero a Celso no le importó. ¡Más polvo se traga en los caminos! Revolviose hasta encontrar postura, rezó sus oraciones y, con un amén y dos cuescos, quedó profundamente dormido, abandonado al sueño más plácido de su vida, vencido por el cansancio de toda una tropa, de todo un país, de todo un continente en guerra. Pese al relincho

arrebuznado de sus mulos, durmió sin receso durante día y medio. Sin hacer caso a las moscas, las chinches o las hormigas. Tampoco a la rata gorda, bien cebada, que bajó del tejado para olisquear la roña de sus calcetines. Celso venía agotado. Rara vez hace conocido un cochero con tanto sueño atrasado, y ni el repique de campanas en su honor, ni el espontáneo baile de acordeones en la cercana plaza, ni la salmodia de Antonio el Eremita anunciando su vuelta, que también era constatación de su atinado anuncio, consiguieron despertarlo.

Atraídos por la música, los hombres y mujeres que volvían del campo se acercaban a la plaza para ver lo que pasaba.

—¿Hay motivo para el festejo? —preguntaban.

—¡Por mis barbas que sí! ¡Alegraos, Celso ha vuelto! —respondía Antonio el Eremita haciendo sonar, clo, clo, clo, su pedigüeña lata—. Está descansando, pero llegó sano.

La noticia henchía de gozo el corazón de los hombres; algunos se persignaban o se secaban las lágrimas.

—Yo siempre lo supe —decían unos—. Celso no podía estar muerto.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamaban otros—. ¡Celso ha vuelto entre nosotros!

A veces las preguntas no giraban en torno a Celso, sino en torno a su carro y sus mulos.

—¿Y trae carro?

—¡Y tanto que sí! Deberías verlo. Un carro como un templo, con los asientos acolchados.

—¿Y mulos?

—También. Dos bestias fuertes como toros.

Quizá Celso hubiese dormido toda una semana, pero al atardecer del segundo día, Lola Jiménez, la viuda del anterior cartero, muerto en época republicana por un asunto desmadrado de cartas de amor, no pudo aguantar más las ganas de ver a Celso y se coló en su casa. Celso, a fin de cuentas, había dejado la puerta abierta, con la cerradura desmochada, y la viuda lo tomó como una invitación a pasar. Antes de la guerra, Lola Jiménez ya había tenido sus encuentros con Celso y, sin otra precaución que la superchera de cubrir al San Miguel Arcángel con su propia blusa, fue directa al grano con el pujo de hembra fogueada que desprecia los prolegómenos. Desatacole los pantalones con dedos hábiles y, sin importarle ni la suciedad de Celso ni la del jergón, cabalgolo con la urgencia de tres años de espera. Celso, que dormía como un tronco, solo despertó cuando el amor de la viuda estaba más que encauzado, y se alegró de tenerla sobre él, como caída del cielo. Fueron minutos de enorme dicha; a Celso le gustaba aquella mujer un punto más que las otras muchas con las que había dormido, y Lola Jiménez sabía por experiencia propia que había pocos hombres con la virilidad del regresado cochero.

Terminados los fuegos artificiales, la viuda se deslizó junto al carrero. Quedó, desnuda y aún viendo chiribitas, pegada junto a su pecho, que era grande como el costillar del mundo.

—¿Qué hiciste durante la guerra, Celso? —le preguntó atusándole las lanas del pecho.

—¿Y qué quieres que haga alguien como yo? —respondió el vozarrón de Celso—. El transporte, Lola, lo mío es el transporte, tanto en la paz como en la guerra.

—¿Y no diste ni un tiro?

—Ni uno solo, Lola. Yo sigo sin saber disparar.

Celso no mentía. Durante toda la guerra, pese a su inestimable participación, Celso no empuñó un fusil. Ni lanzó una granada. Ni se encastilló en un nido de ametralladoras. Celso era un hombre de paz, aún más en la guerra, mientras todos trataban como locos de matarse entre ellos. En julio de 1936, cuando un grupo de militarotes —la peor gentuza jamás dada de vientre por el solar celtíbero— hizo traición al gobierno legítimo, Celso se unió por convicción demócrata al bando republicano. Pero no para luchar, eso no, lo suyo fue siempre la intendencia, el bastimento y la impedimenta republicana. Durante la guerra, el carro de Celso evacuó civiles; transportó víveres; recogió ropas, zapatos y mantas; rescató obras de arte; llevó medicamentos y personal sanitario; sacó heridos y, a veces, también acarreó muertos o vivos que se le murieron en el carro. Armas nunca transportó Celso. Una vez que encontró su carro lleno de municiones, Celso lo volcó consternado, sobrecogido por la furia. Fueron muchos los lugares en los que se avistó el carro de Celso: púdose ver en el frente de Córdoba, y en el Madrid sitiado, y también en la campaña de Aragón. Puede que sin Celso el bando republicano se hubiese desmoronado mucho antes; con diez o quince como él, la historia, quién sabe, sería muy diferente. En Fuentenubres ya conocían muy bien a Celso, pero durante la guerra se le conoció en casi todo el país. Bondadoso y de humor benigno, Celso, «¡arre!», arreaba sus bestias y, mientras regía el carro, consolaba al prójimo, repartía limosna y, si querían escucharle, predicaba la palabra de

Dios. Celso no era un hombre de iglesia, pero ¿hay que serlo para predicar de obra y palabra? En un par de ocasiones, estuvo a punto de ser fusilado por unos anarquistas, por hablar como hombre de fe y leer a la tropa las Sagradas Escrituras. Pero Celso siempre se salvó, a él mismo y a otros muchos inocentes y pecadores. Él se fue a la guerra para hacer el bien; también, ¡qué caracas!, para que ganase la República. Toda su fuerza y voluntad no fueron suficientes. Celso era un derrotado. Al derrotado Celso, Lola Jiménez, mujer de pujante pecho y nobles caderas, le dio una bienvenida como un triunfo.

—¿Y no tienes miedo de represalias? —le preguntó Lola. Celso respondió con otra pregunta:

—¿Miedo yo, Lola? ¿Acaso he hecho yo algo?

—Seguramente vendrán a por ti, Celso.

—Que vengan, Lola, que vengan. Yo me sabré explicar, y hasta puede que les diga algunas cosas que aún no han escuchado.

Celso se levantó al tercer día. Y salió de su casa. Con su carro, claro está. Rara vez viose a Celso dejar su casa a pie llano. Él era cochero hasta la médula, como hay otros que son faroleros u horchateros las veinticuatro horas del día, con un sentido público y hasta algo simbólico de su responsabilidad y oficio. Aquel carro no dejaba de ser un arcaísmo, una desconcertante pervivencia en un mundo que empezaba a llenarse de automóviles, pero en una región como aquella, en la que los caminos sin asfalto aún hoy se retuercen como tripas de caballo, lo de Celso era un socorro. Él unía todos los cortijos, aldeas y casales de la sierra. Casi nunca salía de los límites de nuestro

municipio, pero si alguien se lo rogaba, el carro de Celso también llegaba a Luque, Zuheros, Alcaudete o Alcalá la Real. Incluso Frailes, Moclín o Benamejí tenían de tarde en tarde la ventura de recibir su carro. Pura fe en las comunicaciones, ¡este Celso!, puro cálculo y conocimiento de la resistencia y el radio de dos bestias. Celso cobraba por el transporte de personas o de mercancías; los recados los hacía gratis. Celso nunca cobró por llevar una embajada.

—Celso, ¿le dices a mi hermana que el sábado iré a visitarla?

—Sí, claro, mañana pasaré por su aldea.

—Que Dios te lo pague, Celso.

—De nada, mujer. Y queda con Dios.

No solo por eso, por sus recados de faraute, querían todos bien a Celso. Desde que a los veinticuatro años se estableciera como cochero, Celso habíase desvivido por hacer el bien a sus vecinos. Otro como él no había en la comarca. Celso no cobraba el pasaje a los menesterosos; Celso, si tenía dos perras en el bolsillo, repartía limosna; Celso quitábase el bocado para dar de comer a los hambrientos del pasaje; Celso reconfortaba, consolaba y aconsejaba; Celso curaba con hierbas por él conocidas; Celso entretenía y hacía reír; Celso, incluso, amaba a las viajeras necesitadas de amor que, de tarde en tarde, se lo insinuaban o pedían abiertamente. ¡Ay, nuestro Celso! ¡Aquel su carro valía una misión! No solo eso: nuestro Celso era un hombre de Dios. Él tenía una fe inquebrantable. No había viaje en el que no aprovechara para enseñar la Palabra de Dios. Mientras, «¡jarre!», arreaba a sus bestias, Celso decía a sus viajeros:

—Mirad, si tiráis piedras hacia arriba, os acabarán cayendo en la cabeza.

—Claro, Celso, eso tiene su lógica —rumiaba el pasaje—. Las piedras mejor quietas y en el suelo.

—De la misma forma, todo el mal que hagáis se volverá contra vosotros y os herirá en cuerpo y alma.

Ante aquella enseñanza, el pasaje asentía, convencido de que el mal era algo así como una peladilla de río con la que se termina descalabrado. Otros se persignaban y daban gracias a Dios por haberles enviado un carrero como Celso. ¡Amén! ¡Palabra de Celso! ¡Hosanna en los caminos! Bueno, Celso también tenía sus detractores. Si eres alguien como él, se tienen a la fuerza. Romualdo el Tabernero, vino, altramuces y chicharrones, siempre le tuvo mucha tirria a Celso. Él pensaba que Celso era un tío medio idiota, un menguado, un tonto al que le había dado por el carro como a otros les da por el balompié o el despelleje de gatos.

—¿Me convidas a un vino, Romualdo, y te lo pago cuando pueda?

—¡Y un cipote! En este pueblo no hay nada gratis, solo el carro de ese zoquete de Celso, que no para de dar vueltas de balde. ¡Si será mendrugo el tío! ¡Y luego que si es medio santo!

De esa forma, todos se alegraron —también sus enemigos, ellos lo necesitaban tanto como sus viajeros— de que Celso volviera de una pieza de la guerra, más vivo que un pito real, con un flamante carro y dos bestias jóvenes y fuertes que anunciaban nuevos tiempos, nuevos viajes, nuevas obras de caridad y nuevas enseñanzas. Por

desgracia, como habían temido sus vecinos, solo estuvo dos días de servicio. El primero de ellos, tras recoger a los viajeros en la plaza, subió a La Noria del Soldán, bajó por Las Aguas de Margasco, sesteó en Los Álamos y volvió a Fuentenubes pasando por los cortijos de Lázaro, El Pique, Torquemada y Los Gallos. Durante aquel día, Celso se puso al día de los acontecimientos del pueblo.

—¿Y Juan el Chalán?

—Lo fusilaron.

—¿Y Severiano Hernández, el hijo de Lucía la Rubia?

—Rengo pero vivo.

—¿Y Manolo Morente?

—Dejó de enviar cartas. La familia lo dio por muerto.

—¿Y Eligio el Baezano? ¿Qué hay de él?

—Se echó a la sierra. Los tricornios lo buscan, pero él no se deja encontrar.

—¡Vaya por Eligio! ¡Huir sin culpas! Habrá que bajarlo.

—Sí, Celso. Se te esperaba para eso.

Por preguntar, Celso inquirió hasta por la Venta del Buitre, un burdel de camino y barbecho situado en la carretera de Abra, a una legua de Fuentenubes.

—¿Y las muchachas de La Venta? ¿Qué suerte corrieron?

—A unas las fusilaron y otras se fueron. Tras el paso de los nacionales, el burdel quedó cerrado y casi en ruinas.

—¿Y sigue así?

—No, no, volvió a abrir, en el verano del treinta y ocho si la memoria no me engaña. Se asentaron en él unas mozas de la parte de Martos. Dicen, incluso, que hay una nueva madame, una chica joven con mucho carácter.